

JOSÉ CASTRO

BARROTES
RETORCIDOS

MEMORIAS DE UN JUEZ



Preámbulo

ESCRIBIR TUS MEMORIAS, o algo que se le parezca, es todo un clásico y el instinto de inmortalidad que todos llevamos dentro te hace creer que si las escribes no te mueres tanto, y te pones a la faena, claro está, siempre que creas tener la seguridad de contar con un colectivo de lectores que le haga los honores, porque, de no ser así, todo se reduciría a encuadernar un diario.

Las memorias, al igual que cualquier fruta, tienen un proceso de maduración. Si las escribes antes de tiempo, en realidad estarían vacías, por hacer, como si les faltara un hervor, pero si esperas mucho igual no te da tiempo, y toda tu inquietud ya no radica en si llegarás o no a ver el nacimiento del último nieto o la primera comunión de los que ya están en este mundo, sino si la muerte tendrá el detalle de esperar a que termines tus memorias, aunque se dice que, como la muerte tiene a su presa suficientemente asegurada, tampoco se toma excesiva prisa en cobrarla y aguarda pacientemente a que el aspirante a escritor ultime su obra.

Quizá sea por esa razón –porque piensas que, al igual que en las mil y una noches, mientras las escribas tendrás asegurada la supervivencia– por lo que las memorias suelen alcanzar un volumen escalfriantemente tedioso a base de mezclar mucho de trivial con algo de interés, y las más es posible que respondan también a esa valoración, pero os aseguro que nunca pretendí dotarlas de trascendencia ni hacer meditar a nadie con ellas, que no es libro para eso.

Salvo que los datos surjan espontánea e inevitablemente porque el guion los reclame, a nadie le interesa si el día en que nací era plomizo o radiante, ni quién era mi padre –supongo que el que figuraba en el libro de familia del aquel entonces–, ni dónde

estudié, porque en definitiva los relatos del colegio son como los de la mili, todos prácticamente iguales y cada uno guarda los suyos para sacarlos del baúl cuando le interesa, aunque no le interesen a nadie más.

Por hacer una autocrítica anticipada, pienso que la primera parte es novelada y la segunda, pesada. Si los pronuncias a renglón seguido, puede parecer que responden a un mismo pensamiento; sin embargo, nada más lejos.

La primera parte que, si te sé decir, tampoco sé exactamente hasta dónde situarla, me da la impresión de que se digiere algo mejor que la segunda, que, por la misma razón, tampoco se me antoja dónde empezarla. La segunda parte, y es de ley reconocerlo —que este libro inevitablemente también en parte va de leyes—, te hace bola.

No me he propuesto hacer una novela. Si así fuera, habría elegido un personaje que por la razón que fuera, inventada por supuesto, pudiera reclamar la atención del lector, y al que hubiera adornado con los atributos que vinieran al caso, enfatizando bien su valentía, dulzura o tribulaciones, y en el que los pocos más avisados, para alardear de lo que solo ellos ven, quisieran adivinar un cierto paralelismo conmigo.

Ni por asomo. Aquí no hay absolutamente ninguna afinidad que adivinar. Es más, no hay ni tan siquiera lugar para la adivinanza. No es que este libro parezca autobiográfico, es que lo es y, si la realeza no se hubiera cruzado en mi camino, podría perfectamente titularse «historia de alguien corriente» o «del montón», según las preferencias por el lenguaje de cada cual, aunque no se olvide: ese casual cruce ni te hace mejor, ni más sabio, pero eso sí, y hay que reconocerlo, más leído si llegara el caso.

Lo de escribir mis memorias desde hace algún tiempo llegó a ser un tema recurrente en un gran número de conversaciones, por descontado en las que yo intervenía; por detrás, nadie mostraba el menor interés en hablar de eso.

Era un tema como de repuesto. Cuando no había otro que atrajera la atención de la concurrencia, alguien decía:

—A propósito —no sé a cuento de qué venía lo de «a propósito», ya que la conversación anterior nada tenía que ver con la que le seguía—, ¿para cuándo tus memorias? —Con esta observación, por muy inoportuna que fuera, alguien creía haber alcanzado la gloria en ese reducido ámbito. Yo cambiaba de conversación como cuando un indiscreto gilipollas te preguntaba: «¿Quién era la señora con la que ibas ayer?» Y se quedaba tan pancho.

Un día llegó a mi vida una mujer que me causó una profunda impresión. Sus ideas políticas nada tenían que ver con las mías y, si hablamos de las religiosas, mejor dejarlo. Tampoco recuerdo que fumara y, por no beber, ni un chupito de zarzaparrilla. Con solo estos datos, si alguien hubiera propuesto presentármela, lo hubiera dejado para otro día.

A pesar de este inicial primer rechazo, que únicamente yo sabía, esta mujer me cautivó. Era divertida, cultísima, pero sin pedantería. Podía hablar de cualquier tema; sin embargo, si percibía que no estabas versado en el suyo, cambiaba disimuladamente a otro en que sí lo estuvieras. No obstante, debí imaginar que mi amor nunca sería correspondido, que solo aparentaba quererme por el interés y que ahora iría por esos mundos en busca del protagonista de otra historia que contar y con la que escribir un nuevo libro, mejor si cabe que el anterior.

Era Pilar Urbano, quien me había llamado para concertar una entrevista. Sin duda fue mi dilatada experiencia en investigación criminal la que me llevó a deducir que sería para algo relacionado con un libro, pues no en balde era escritora y ¡para qué otra cosa podía ser!

No me equivocaba, pero no me propuso escribir mis memorias, sino, amalgamadas en el tiempo y en el espacio, las de toda una caterva de personajes que, por muy parco que fuera el protagonismo, alguno tuvimos en eso que se dio en llamar el caso Noos o también la Pieza Veinticinco, que fue así como terminó siendo bautizada por su editor.

Accedí, y el programa de festejos no incluía carreras de sacos ni de cintas, ni tan siquiera un elemental discurso de presentación.

Nos saludamos como si ya nos conociéramos desde toda la vida y cuando llegó el momento de la despedida tampoco hubo nada que se le pareciera, porque siempre era un hasta otro día, aunque esos días se iban espaciando cada vez más.

Lo pactado era una serie de entrevistas que, a puerta cerrada, habrían de tener lugar en mi casa hasta que Pilar dijera basta y con la cadencia que su agenda de compromisos le marcara, no su salud, que para mí la quisiera.

Yo recogía a Pilar en mi coche, desde un punto prefijado de encuentro, próximo al que le servía en cada ocasión de alojamiento, entrábamos por el garaje comunitario y, como ella tenía interés en que la salida del libro fuera sorpresiva, a su instancia manteníamos en lo posible el anonimato pensando que con solo estas discretas precauciones bastaría, como así fue.

Serían, por mencionar un número, como unas cincuenta sesiones, intercaladas con numerosas llamadas telefónicas, reuniones que Pilar anunciaba siempre de antemano, quizás para brindarme con ello una señal de alivio, como muy breves, aunque sin explicar por qué, y, con la misma sana intención, que si no eran la última, poco les faltaría, aunque a mí nunca me importunó ni su frecuencia ni su duración, ni que después de esa preavisada como la última vinieran un montón más, porque el trato con Pilar era francamente delicioso.

Al principio ella tomaba notas de lo que yo decía, pero luego me pidió permiso para grabarlo. Podía haberlo hecho sin necesidad de pedirme autorización, porque en una conversación entre dos cada interlocutor es dueño de lo que en ella se vierte y se escucha y, salvo que se esté ligado por algún tipo de secreto, puede darle el uso que a bien tenga; sin embargo, que sea legal no la convierte en fiel y Pilar era lo uno y lo otro.

A mí eso de que me graben nunca me ha convencido, porque, de una parte, es preconstituir una prueba que te puede resultar incómoda y, de otra, porque, no sé a otros, pero a mí me resta espontaneidad expresiva, me ocupo más del cómo que del qué. Por decir algo, en las escasas intervenciones públicas a las que no

he podido sustraerme, si he tenido la oportunidad de grabarlas lo he hecho, más para tener constancia de su contenido por eso de que nunca se sabe que por el deleite de escucharme, que solo lo hice una vez y quedé tan defraudado que ni una más.

Aparte del inicial recelo por mi parte, del que me desprendí a la segunda ocasión, en el fondo a los dos nos acabó pareciendo el método más ágil y fiable.

Pasado un tiempo, ella me abandonaría, a buen seguro que por otro de mayor o, cuando menos, más actualizado interés, posibilidad que ya debería haber tenido asumida desde el principio. És lo que tiene ser escritora reconocida.

Hablando de interés, y esto lo menciono no como dato dirigido a Pilar ni a su editor, que ya les es conocido, sino a la Agencia Tributaria con la sana intención de que se ahorre actuaciones inspectoras abocadas al fracaso. Jamás participé en los beneficios de ese libro, si es que generó alguno.

Transcurría el tiempo, que para eso está y es su función específica, y yo lo manejaba a mi antojo y capricho, pero con el desinterés que es consustancial a un jubilado forzoso que nunca se prestó a ello jubiloso.

Me mantenía impertérrito en mi desinterés por eso de escribir unas memorias, aunque, hay que decirlo, tampoco me estaba resistiendo a ningún clamor popular que me las reclamara, cuando, pasado bastante tiempo, recibí una llamada telefónica de un compañero, más amigo que compañero, en tanto nuestras funciones no guardaban el menor parecido y aunque nuestros intercambios de llamadas no gozaran de excesiva frecuencia.

—Hombre, Julio, qué sorpresa. ¿Te pasa algo? —pregunté jocosamente por lo gratamente sorprendido de su llamada.

Julio López-Bermejo Muñoz, que así se llama al completo, es lo más parecido que se podría encontrar a un gentleman inglés, a reserva de quien realmente lo sea, elegante, siempre adecuadamente vestido, discreto, culto y socarrón. De su boca nunca saldrá nada que pueda molestar a nadie ni por descuido. Vamos, lo menos

parecido a mí. Aún con tantas virtudes, o quizás por ellas, resulta insufrible en su perfección. No hay vez que le trates que no descubras una nueva cualidad. Ora juega espléndidamente al ajedrez, ora le ves altamente interesado y con peso en arqueología romana. Cuando tú a duras penas intentas hacer pinitos como escritor resulta que él ya tiene publicados varios libros de éxito, y no me extrañaría que tuviera cuarto de piano, licenciatura en filología inglesa y algo parecido en arameo. Francamente, si no te quieres deprimir es recomendable olvidarte de tratarle a fondo. Hace gala de una ironía que solo deja advertir cuando la ocasión lo merece, y esta precisamente no era una de ellas.

—Mira, Pepe. Tengo un amigo editor que me pide tu teléfono, porque quiere proponerte la edición de tus memorias. ¿Me autorizas para dárselo? —dijo de corrido como si advirtiera que no le fuera a bastar la respiración.

Si tengo que ser sincero, y de vez en cuando intento serlo, me sentí gratamente sorprendido por eso de que mi discurrir por este mundo pudiera interesarle a alguien, pero como se trataba de una conversación telefónica que, más pronto que tarde, habría de tener un final, me repuse de inmediato de la impresión

—Julio, por mí no hay inconveniente alguno en que se lo des, pero ya te digo que no las voy a escribir. Para no quitarme méritos, creo que tengo buen oficio en eso de redactar resoluciones judiciales, no voy a negarlo, pero una cosa es tener buen oficio y otra muy distinta arte literario —añadí acompasando mi apnea a la suya, que ya iba declinando.

—Bueno, Pepe, siempre te las puede escribir otra persona.

De vuelta a un nuevo conato de sinceridad, lamenté que se hubiera dado tan pronto por vencido y eché de menos que no invirtiera algo más de interés en tratar de convencerme de que mis dotes literarias, hasta ahora silenciadas, podrían merecer una mayor atención, pero, como no puedes culpar a uno solo de lo que todos piensan, no hay más remedio que aceptarlo.

—No, soy del convencimiento de que las memorias tiene que escribirlas su protagonista, el que las ha vivido y que es quien las

siente. Si el destino no le habilitó para ello, pues mala suerte, pero no tengo inconveniente en que le des mi teléfono y hablar con él. Un abrazo.

—Otro para ti.

No sé si mi número de teléfono acabó o no en manos de este editor entonces para mí anónimo, lo cierto es que nunca me llamó y lo entiendo; ¿para qué, si ya le había adelantado la respuesta?

En las semanas que siguieron no es cambiara de criterio sobre el rechazo a escribir, o a permitir que otro lo hiciera por mí, cualquier cosa que pudiera llamarse «mis memorias», sino que ni tan siquiera le presté la más mínima oportunidad a la opción contraria.

A lo largo de la vida puedes hacer cosas que en puridad pudieran ser más propias de otras profesiones que de la tuya, pero eso no te hace ser ese otro.

Si un día arreglas un enchufe, por muy manitas que te sientas o que te valoren, eso no te convierte en electricista, como tampoco una elemental ocurrencia mental te hace filósofo. Siempre fui plenamente consciente de mis limitaciones, y razones para intentar no convertirme en escritor, por muy mediocre que fuera el pretendido, las tenía, y pienso que las sigo teniendo, aunque paradójicamente haya cambiado de opinión.

Cualquier *memoria* solo puede tener en buena lógica dos contenidos: uno reducido a lo estrictamente personal y otro concretado en lo profesional, aunque también se puede ensayar un cóctel de uno y otro.

El primero únicamente puede interesar a la prensa del corazón si eres famosillo y, además, te lanzas a contar intimidades escabrosas en las que, a ser posible, con honor a la verdad o dándole la espalda, involucres preferentemente a otros famosos.

En cuanto al segundo contenido posible, no nos engañemos. Tú eres solo uno de los cerca, o quizás más, de seis mil jueces que en la actualidad existen en España y, aunque no se descarta que cada uno haya vivido sus peculiares experiencias profesionales, no sé hasta qué punto las más podrían despertar el interés del lector

o servir de modelo para alguien, más allá del particular morbo que alguien se empeñara en querer ver en alguno de sus pasajes.

Definitivamente, no me sentía tentado a escribir ninguna *memoria*, pero como los jueces estamos predestinados a que se nos convenza, porque esa es precisamente la esencia de nuestra función, e incluso a convencernos por nosotros mismos, me dije: «Si la memoria es frágil, como en su día me alegó un fiscal, y mis recuerdos cada día van más en esa línea, es ahora, cuando todavía conservo alguno fiable, que debo plasmarlo por escrito y ya veré qué hacer luego con él.»

Me limitaré a contar una serie de experiencias, personales unas y profesionales otras, que se van entreteniendo en esa alternancia y también en que unas son positivas y otras menos, porque lo que se dice negativas, negativas, no recuerdo haberlas sufrido y es por ello que siempre me he sentido bien tratado por la vida.

Tienen en común haber extraído de ellas conclusiones que, acertadamente o no, me han marcado alguna que otra pauta de comportamiento y, mirado de este modo, todas han acabado por resultarme útiles, aunque cualquier tentación de extrapolarlas a los demás debe caer en saco roto.

No os pediré perdón por lo insufrible que pueda pareceros este libro porque, en primer lugar, nunca engaqué a nadie anunciando que sería bueno, tampoco creo que su precio sea indiciario de su bondad y, en tercer lugar, cualquier sufrimiento que pudierais experimentar siempre sería pasajero. Están los libros de aventuras, los de viajes y los de mandarlos a paseo, entre otros muchos, y, si este pertenece a los últimos, a ello toca decidirse, que el tiempo es valioso.

Ser escritor novel —obviamente con v de novato— tiene sus inconvenientes y no me refiero ya al más evidente, de que no te conozca ni Dios. Extrañamente, este es el más llamativo, pero no sería el único.

Hay actividades pretendidamente artísticas a las que puedes bautizar antes de que nazcan o después de haber nacido. Si eres un pintor abstracto, te está permitido hacer lo que le estaría vedado a un figurativo.

Aquel se sentaría frente al lienzo y comenzaría a dispersar pintura para, acto seguido, volver a hacerlo, pero en dirección, color o tono distinto y así sucesivamente a ver qué sale, y, cuando ha comprobado lo que le ha salido, puede titularlo libremente como le venga en gana en función de lo que le inspire la combinación de colores y formas. A buen seguro que absolutamente nadie le reprochará una errónea elección del nombre.

El escritor, salvo el de poesía, al que le es lícito sucumbir ante muy variados y pasajeros momentos de inspiración íntima, aunque no respondan a una trayectoria unívoca, lo tiene más complicado.

Debe saber de antemano sobre qué piensa escribir. Tiene que enhebrar un hilo conductor al que, aunque le pueda ser infiel en momentos muy puntuales, acabe rescatándolo para hacerlo volver a la seguridad de un matrimonio bien avenido y, en cualquiera de esos tramos, ponerle nombre, o bien ceder esa posibilidad al editor, que casi seguro es lo que acabará pasando, porque nadie como él conocerá cuál será el reclamo publicitario que propiciará su venta, que, en definitiva, es de lo que se trata.

Sea como fuere, lo elija quien lo elija y antes o después de haber sido escrito, a mi entender debe de existir una mínima correspondencia entre el título de un libro y su contenido, sobre todo cuando se trata de un escritor principiante a cuya identidad de entrada no suele prestarle demasiada trascendencia el lector.

Se me había antojado un título determinado y como, más temprano que tarde, alguien trataría de establecer una conexión entre la tapa y el interior del libro, sin que ello prejuzgue torpeza alguna en quien lo adquiera o le sea prestado, trataré de explicarme para ahorrarle preguntas y a mí, respuestas.

Se quiera o no, absolutamente en todas las fases de tu vida, sin necesidad de que ingreses en prisión o te veas recluido en algún monasterio, tropiezas con barrotes que se te presentan como imposibles o, cuando menos, difíciles de franquear. De bebé, ya vienen de fábrica en la cuna; luego en la escuela, también, cómo no, con ocasión de aquella chica que no se dignó hacerte el más puto caso; en aquel servicio militar de antaño; en el ejercicio de tu profesión, y allá donde vayas.

Aunque los barrotes puedan a bote pronto aparecer como restricciones a la libertad individual en la medida en que representan un obstáculo que desde un lugar te impide o dificulta acceder a otro, y muchas veces así sea, también constituyen barreras que te protegen frente a precipicios, improvisaciones indeseables y, en no pocos casos, frente a ti mismo.

Los déficits narrativos se suelen diluir con ejemplos. Si de un paraíso tropical te separa una barrera, sin duda se trata de una limitación que se te presenta tanto más insufrible cuanto más apetecible se te figure acceder a él.

Si quien está al otro lado es la Congregación para la Doctrina de la Fe o la Conferencia Episcopal, estaremos ante una pantalla protectora de indudable valor.

Sentado, pues, que estamos llamados a convivir con barrotes, no los hagamos más recios e insalvables de lo que debieran ser, dejémoslos sin retorcer, que bastante tienen ya con ser barrotes.

Que quienes tienen que velar por su mantenimiento no disfruten con ello, que los policías detengan con más consideración y que los jueces, si es que tienen que condenar, que condenen, pero sin pasarse, y que sepan buscar, si hace falta entre líneas, el sentido común que a primera vista no resalte.

Los jueces tienen que aprender que los conocimientos jurídicos no son incompatibles con el sentido común. Que se pueden tener ambos y que ninguno de ellos ha de sacrificarse en pos del otro, pero que si, en algún caso concreto, pudiera parecer que se contradicen, que sepan decantarse en favor de lo indiscutible, de lo permanentemente razonable.

Lo contrario serían algunos ejemplos de barrotes retorcidos, que era el título por el que inicialmente me había decantado.

Sin embargo, ahora que estoy a punto de terminar este libro, lo de barrotes se me antoja algo grosero y demasiado fuerte para un título.

Me gusta más el de *Recuerdos para un futuro inmediato*, porque, en definitiva, todas tus vivencias las tienes ahí sobre la mesa, en la bandeja de asuntos pendientes y preferentes, a la espera de que les

des el uso que más te convenga y de que selecciones, no lo que más te interesa, sino lo que más podría reclamar la atención del lector.

Es como más intimista y da más pie a la imaginación, pero si el lector se para a pensar verá que también cuadra.

A la vista de las vicisitudes por las que atravesó mi dudosa vocación para juez, otro título que podría ensayarse sería el de *Historia de una vocación tardía*.

Ante todas estas alternativas, que imagino que el editor ya habrá despejado y el lector asumirá con resignación, os dejo con mis recuerdos por lo que viví, nostalgias por lo que añoré y mis disculpas por lo que pude haber hecho mejor y que salió como salió.